

## Isabel Pérez Montalbán, sonámbula y terrible

**A** Isabel Pérez Montalbán la recuerdo como a una niña subida en el pretil del puente. Una niña que le planta cara a la orfandad, al desamor, a la alegría y a la injusticia. La que escudriña en el desorden del mundo y en su propio desconcierto. Pero Isabel no es una niña; es más, tal vez no lo haya sido nunca. O quizá, Isabel es sólo una batalla: la batalla de restañar a la niña que ella sabe que existe, que existió. Isabel Pérez Montalbán es una empresa. De solidaridad, de memoria, de utopía. Ojos y oídos inmensamente abiertos, insomnemente abiertos. Centinela y testigo del aquí y el ahora, pero también del ayer y el olvido.

A Pérez Montalbán la conocen los buenos poetas. Entendámonos: la conocen y la valoran los buenos poetas que saben apreciar la buena poesía, la auténtica, aunque no sean los que andan zascandileando a la altura de los héroes del papel cuché. Podría decirse que Isabel Pérez Montalbán es una poeta comprometida. Pero eso sería poco decir. ¿Comprometida con qué? Oigámosla a ella. «Soy testigo involuntaria de mi tiempo: de la furia y la complicidad de mi tiempo. Y de su geografía. Sin voluntad, guardo memoria de los que vivieron otras épocas y en otros lugares. Sin pretenderlo, soy deudora del arte contemporáneo y del anterior; de lo antiguo y sus ruinas; de otras culturas, vigentes o desaparecidas, que no he vivido. Declaro en mi renta la influencia de la prensa, del cine, de la música y hasta de los telediarios». Esta declaración, que no tiene desperdicio y que podría seguir citando entera, precede a su muestra poética en *Feroces*, la antología que publicó en DVD Isla Corretero. Su historia familiar podría dar para una o muchas novelas, pero a ella le ha dado para indagar e indagarse en la poesía.

La voz poética de Isabel Pérez Montalbán es una voz nómada que proclama su extranjería, un nomadismo casi esquizofrénico entre el sur amado y evocado de la infancia y el rechazo consciente, racional, de su trampa idílica. El sur es el norte: «En este norte inmóvil/ mi amante invierno apura su deseo» y «en la nieve el frío es un ramo de ortigas por la piel». Igualmente el amor es el desamor, pues los extremos siempre se están tocando, son una y la misma cosa, como la vida es la muerte y la niñez guarda ya el cofre de la sangre, y el agua es el remolino del lodo y su barbarie.

Lo bueno, lo grande de la poesía de Isabel Pérez Montalbán es que la niña sigue viva,

pugnando, inmarchitable, y la niña está conquistando, sigue empeñada en conquistar la alegría, el orden, la amistad, y en conjurar para siempre la matanza y el caos. La voz es terrible, poderosa, titánica; dramática. Pero la otra voz, la voz niña le presta la armonía, la dulzura, la esperanza. Y entre el poder clamante de quien «quiere testimoniar» están también la humildad, la nobleza de quien se sabe parte: «Me considero víctima y partícipe de la injusticia». Respira por la herida. Pero respira por la herida universal y por la propia, y le pone un búcaro de amor al cilicio del mundo, porque supo también del amor o es que espera saber.

*Cartas de amor de un comunista* se escribió con motivo de la caída del muro de Berlín y la desintegración de los países del Este. Un personaje varón, el comunista, es en el libro un naufrago que regresa, metafóricamente, de una isla desierta, y va escribiéndole sucesivas cartas de amor a una mujer a la que abandonó para dedicarse a la lucha política. Y en ese filo del mundo metafórico de la isla y del mundo real se anula la dimensión espacio-tiempo, que aparece en planos superpuestos, interferidos, como interferido es ese tú amoroso, maternal, entrañable de la mujer que no se fue a luchar pero que se mantiene incólume. El comunista es el derrotado, el fracasado, el sabio, el triste, el que cuenta su periplo en clave de isla, de fieras y naufragios, de supervivencia y exilio, de peces y sirenas, pesadilla y silencio. El propio amor es metáfora-imagen de la lucha, de los avatares del naufrago, y todo ello desemboca, aterriza en la realidad histórica por medio de los añadidos finales de los poemas, que conectan el lenguaje poético a un hecho, un suceso, un país o un periodo de tiempo. La mujer amada, y ahí no se aparta de la tradición, es también imagen, metáfora de la patria, de la libertad, del descanso. Es, en suma, el reposo del guerrero, aunque sea también más alta, tal como suelen los hombres pensar a la amada: «Cuando llegue a tu lado, sálvame de la noche,/ no me dejes mirar los barcos./ Sálvame tú, que ya no soy valiente.» No había yo leído nunca un libro de poesía que tanto haya acercado la realidad sin menoscabo de su calidad y de su fuerza poéticas. Aquí no hay panfleto, hay poesía pura, pero poesía con una (otra) dimensión añadida. Poesía que perdurará sobre cualquier otra de las desencarnadas, de las despojadas, porque es poesía y memoria, creación y artificio, espuela de verdad y precisión de la belleza.

*Los muertos nómadas* es, como *Cartas de amor de un comunista*, no sé si más que éste, un libro terrible, poderoso. Isabel se atreve con todos los fantasmas, como Kafka, y transita por la muerte y el misterio, como Jorge Manrique, y Córdoba es escenario y presente. No es la de Isabel una poesía del ir pasando, sino de la extrema profundidad de la vida, de un saber sentir que en su voz se universaliza, Isabel transmutada en la entera humanidad de las tantas culturas de Córdoba, Isabel mujer, Isabel niña sobre el pretil del puente romano de Córdoba.

Poesía temblorosa y acribillada, entre la pértiga y los caballos, el olvido y el sueño. Sonámbula y terrible. Con la ferocidad de los hambrientos. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia. Precisión, ritmo, sinceridad, altura, Isabel Pérez Montalbán pasará, seguro, a la historia de la Literatura. En mi canon personal ya la tengo. Mi deuda, su deuda.

J U A N A C A S T R O